

HISTORIA DE UNA RODAJA DE SALCHICHÓN

(CONTADA POR ELLA)

Hacia una temporada que no veía yo á mi primo el Conde de V..., porque como él es poco visitador y yo menos, aun queriéndonos de verdad, no solemos vernos con frecuencia.

Un domingo del mes de Junio, el de la Santísima Trinidad señaladamente, me había yo ido á misa de doce á San Jerónimo, y á la vuelta subía por la calle de Alcalá rompiendo á duras penas la corriente cursi que bajaba hacia la exposición semanal de trapos y pinturas instaladas á tales horas en el Paseo de Recoletos, cuando sentí que por detrás me echaban sobre los hombros unos brazos robustos, cuyas manos extendidas me taparon los dos ojos á un tiempo.

—¡Hola, Juanito!—dije sin dudar un instante.

—¡Hombre!... ¿Cómo me has conocido?

—me dijo él con asombro patente, destapándome los ojos y viniendo á ponerse á mi lado.

—¿Pues no te había de conocer, criatura?—le dije.—¿Quién, no siendo tú, me podía saludar de esa manera?

—¡Ah! Eso es decir que no tienes ningún otro pariente ni amigo tan informal como yo, ¿verdad?

—Tan hazañero, tan... de buen humor... y Dios te le conserve... Eso prueba que eres dichoso.

—¡No lo creas! Es así mi genio; lo demás, ahora precisamente no soy muy feliz, no estoy á gusto... Y me alegro de haberte encontrado, porque voy á ir á almorzar contigo... Sigues en el hotel, ¿sí?

—Sí, hombre, allí sigo; y ¡yo sí que me alegro de veras de encontrarte con tan buenos propósitos!

—Estoy solo, ¿sabes? y me aburro muchísimo en casa; porque ya ves, el refrán lo dice: un ánima sola ni canta ni llora.

—¡Claro; cuéntamelo á mí, que estoy así siempre!... Pero ¿dónde tienes á Dolores?

—Está ya en Valnevado con los niños hace quince días, porque el pequeño, Juanín, no estaba bueno, y el médico no callaba que le sacáramos, que le sacáramos cuanto antes de Madrid; y como yo no pue-

do faltar de aquí hasta mediados del mes que viene, se marchó ella con los niños, el criado y la doncella, y me dejó solo con la cocinera, que también se la podía haber llevado, porque maldito si me sirve de nada, pues apenas como... Vamos, es una cosa que no puedo. Acostumbrado á aquella deliciosa algarabía de cuando están los chicos... no puedo sufrir esta soledad y este silencio... Muchas veces me he acordado de tí diciéndome: ahora estará aquél almorzando en aquel comedor tan alegre...

—¿Y por qué no venías siempre que te acordabas?... Has hecho muy mal; porque además de haberte librado tú de estar solo, me hubieras hecho á mí estar bien acompañado.

—Muchas gracias, hombre...

Llegamos al hotel, entramos en el comedor, nos sentamos uno enfrente de otro á los lados de una mesita pequeña, y vino en seguida un camarero con la lista.

—¿Va á almorzar también el señor Conde?—me preguntó.

—Sí, le respondí; y alargué la lista á mi primo diciéndole:

—Elige.

—No, lo que tú quieras—me contestó:—ya sabes que me gusta todo.

—A mí también... De suerte que lo que tú quieras...

—Este hotel—dijo Juan tras de unos momentos de silencio dedicados á pasear la vista por las mesas,—será como todos los hoteles caros... Buenos manteles, buenas copas, mal vino... y así sucesivamente.

—Beberemos Rioja-Alta,—le dije para tranquilizarle sobre su última indicación.

—No, no ha de haber extraordinarios... Me he convidado con esa condición, aunque no la expresara...

Como ni él ni yo hacíamos papel á leer la lista, cuando el camarero volvió con el pan, el vino y los entremeses, comenzó á recitárnosla.

—Tienen los señores tortilla de espárragos... ó huevos fritos, ó como los señores los quieran.

—Bueno, la tortilla,—dijo Juan.

—Luego, riñones al jerez.

—Excelentes—añadió mi primo,—¿verdad?

—Sí, al señorito también le gustan—dijo el camarero interpretando mi conformidad; y siguió diciendo:—De pescado hay langostinos y merluza frita, que creo que está muy buena.

—Pues cualquiera de las dos cosas.

—Y luego chuletas de ternera, ó de cordero, ó biftec ó entrecot ó fiambres, jamón en

dulce, lengua á la escarlata, pavo trufado...

—Bueno: vete trayendo los primeros platos, y luego ya veremos,—le dije yo, con lo cual se fué hacia la cocina.

Mi primo se quedó mirando atentamente las cosas que el camarero había dejado sobre la mesa, que eran: una botella de vino inclusero, sin más etiqueta que la del hotel, que ciertamente no tiene viñas; dos panecillos de Viena de los llamados de barra, y dos conchitas de porcelana, una con un par de docenas de aceitunas muy chicas y bastante viejas, y otra con unas cuantas rodajas de salchichón ennegrecidas y sudorosas y un poco más viejas que las aceitunas.

Luego le ví coger una de aquellas rodajas.

—Estará muy duro,—le iba á decir; pero desistí de ello al ver que no la llevaba á la boca, sino al oído, y que se quedaba como escuchando.

—¿Qué haces, figurero?—le dije; pero no me contestó más que con un gesto y un movimiento de la mano que tenía libre extendiéndola hacia abajo como diciendo:

—Espera y calla.

Así estuvo un buen rato hasta que vino el camarero con la tortilla, y entonces, volviendo á posar la rodaja en la entremesera, me dijo muy serio:

—Ya conoces mis aficiones arqueológicas: sabes mi manía de interrogar á todo lo antiguo. Bueno, pues pareciéndome que estas rodajitas tenían una respetable antigüedad, he querido preguntar á una de ellas, que en efecto me ha contado su historia, verdaderamente rara y llena de vicisitudes. Oye, oye:

«Puedo comenzar—me ha dicho—la narración de mi larga existencia con aquellas mismas palabras con que empezó Cervantes la historia del cautivo:—*En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje*, etc.; porque allí también tuvo principio el mío.

»Allí, en aquella montaña, en un valle que llaman Valdosín ó Val-d'Osín, quizá porque antiguamente cogieran en él algún oso pequeño (y recomiende usted á la Academia esta etimología, que no es peor que las suyas), en una mañana fría del mes de Abril, nació un potro negro, paticalzado de tres y con una estrella en la frente.

»Y ríase usted del refrán que dice:

De una, buena;
De dos, mejor;
De tres, mala;
De cuatro, peor.

»Porque aquel potro, á pesar de sus cua-

tro señales, fué un bicho excelente, aunque no sea mío el decirlo.

»Un rapazuco morrinoso y desfarrapado que estaba de pastor aquel día, bajó al pueblo á llevar las albricias al ama de la yegua.

»—Tía Rosa—dijo á la mujer, que estaba sentada á la puerta de casa hilando una rocada de estopillas:—la su yegua parió un potro.

»—¡Jesús! hijo, más quería una potra—le contestó ella;—pero San Antonio le guarde, que no dejará de venderse bien, porque es de los caballos del Gobierno... Toma, Colasín, toma,—añadió dando al rapaz una torreja de pan de centeno con una tajada de manteca extendida encima.

»—Dios se lo pague, y San Antonio se los guarde de mal,—la dijo él; y se volvió para el monte tan contento.

»Y... para que se vea si da vueltas el mundo: aquel rapaz ha estado aquí comiendo, hace poco, hecho un señor, fuera del alma... y del cuerpo, que tampoco le tiene fino; pero, vamos, con dinero y con buena ropa. Por cierto que me tuvo en la mano y no me quiso comer porque le parecí dura, cuando en otras épocas hubiera comido clavos...

»Aquel potro le compró de quinceno en León, en la feria de San Juan, un tratante

manchego que dió por él cincuenta napoleones, para volver á venderle poco después en noventa y cinco á un recriador extremeño en la feria de Almagro.

»Después de haber pasado un par de años tirando la pierna en la dehesa, fué llevado á la feria de Plasencia, donde le compró un truchimán de esta corte en seis mil reales.

»Le trajo á Madrid, y *me* trajo, porque no le debo ya ocultar á usted que en aquel potro estaba yo, que de él era parte *integrante*, ó parte integrante, pero, en fin, de junto á la cola, y emparejándome con otro de igual talla, pelo y valor, nos vendió en tronco á un marqués nuevo en seis mil pesetas.

»Verdad es que éramos un tronco que llevaba la vista.

»Fuera del trabajo que nos costó aprender á tirar, que no fué mucho, pasamos buena vida en aquella casa. El marqués había sido arriero en su mocedad y conservaba cariño á las caballerías. De manera que á menudo nos visitaba en la cuadra, nos pasaba la mano por el lomo, y siempre encargaba á los cocheros que echaran bien de comer al ganado. Así nos llamaba él por antigua costumbre y cometiendo en ello su poco de figura retórica de atenuación, porque en rigor gramatical no éramos *gana-*

do, sino *robado*, pues lo era el dinero que había pagado por nosotros.

»Sobre este punto contaba y no acababa el cochero, instruído por el ama de llaves; pero, en fin, allá el amo daría cuenta á Dios de sus rapiñas, que para nosotros todo iba bueno.

»Lo malo fué que duró poco.

»Tenía el marqués dos hijos muy calaveras, investidos sin duda con el encargo providencial de esparder malamente lo que malamente había él amontonado, porque ya se sabe que los bienes mal adquiridos nunca duran tres generaciones. Aficionados á todas las modas y á todos los vicios, mucho antes de morir su padre tenían ya contraídas deudas por más de la mitad de lo que habían de heredar yendo bien las cosas; y cuando murió, que fué á los pocos años de haberle nosotros conocido, lo primero de que cuidaron fué de proveerse de nuevos carruajes, nuevos troncos... y nuevos acreedores.

»Hubimos de dejar el sitio á unas yeguas inglesas, y fuimos trasladados á la cuadra de un alquilador de coches de lujo, que pagó por los dos ocho mil reales, menos de lo que valía uno.

»Allí no fuimos ya tan bien tratados, y eso que el alquilador no era mucho menos rico que el marqués, y para marqués

iba, y creo que llegó con el tiempo. Pero no nos tenía la afición que el otro, no nos visitaba, y el tuno del cochero siempre nos daba un poco menos de la mitad del pienso que cobraba del amo.

»Tenía éste contratado el servicio de coches para los ministros, de modo que mi compañero y yo nos cansamos de llevar ministros á Palacio, á la Presidencia y... á otras partes... Como que era en aquella época en que de los siete ministros moderados ¡moderados habían de ser! ninguno vivía con su mujer respectiva como Dios manda... Lo cual fué ocasión de que un diplomático extranjero nuevo en Madrid, que había llevado á su mujer á una comida de Palacio, se asustara al ver que ninguno de los ministros llevaba la suya, y creyera que aquí no era costumbre y que había él cometido una torpeza, pasando el pobre muy mal rato, hasta que le enteraron de las cosas.

»¡Cuántas y qué buenas fueron las que aprendí yo entonces!

»Mi pobre compañero se murió de un torzón que cogió por pasar toda una noche, muy fría, por cierto, en la calle del Lobo, esperando al Ministro de la Gobernación, que velaba sin duda por el orden público.

»Quedéme de non; y como estaba ya también muy desmejorado con los años y los Consejos de ministros, el opulento al-

quilador me vendió en dos mil reales al modesto dueño de un coche de punto.

»Años y años tiré de un *simón* ignominioso, arrastrando gente plebeya y pobre (no siendo una vez que llevé al Duque de Montpensier, á quien lo de pobre no le comprende), trotando por las pendientes y mal empedradas calles de la villa, bajando á las estaciones disparado, subiendo de ellas rendido con la carga muy desproporcionada al pienso, y aburriéndome, cuando no, en las paradas, donde tenía que escuchar las necedades que se dicen los cocheros unos á otros, como en las carreras tenía que escuchar las maldiciones de los transeuntes.

»Se me iba haciendo la vida muy pesada, cuando me salieron esparavanes, me puse cojo, y no sirviendo ya ni para tirar de la desvencijada berlina de alquiler, determinó mi dueño deshacerse de mí á cualquier precio, y me hizo pasar por veinte duros á poder del contratista de la Plaza de Toros.

»El primer día que me tocó salir, no tuve novedad. Me montaba un reserva muy tuno, que, para no ir al toro, hacía como que yo no quería andar, y era él que me tiraba del freno. Otras veces se iba á buscar al toro donde no estaba, y dando luego á la plaza una vuelta en redondo, hacía tiempo para que volvieran á salir los de tanta nuevamente montados, y les cedía el puesto.

Sólo una vez, sin querer y aun sin poderlo remediar, se encontró con el toro y no tuvo más remedio que hacerle frente; pero sacó más de tres varas de pica, y, es claro, el pobre toro se escupió sin llegarme al pelo ni con mucho.

»Mas al domingo siguiente, en una corrida de *miuras* salí al sexto toro, que se llamaba *Chocero*, el que luego mató á Yusio, y de la primera cornada me partió el corazón por mitad del medio.

»Me arrastraron como á los otros, y desde el corral dijeron que nos llevaban al quemadero municipal... pero ¡qué habían de llevarnos!... De mí sé decir que me desollaron cuidadosamente, enviando el pellejo á una fábrica de curtidos para ser convertido en *becerro mate*. Después fueron cortándome las nalgas, los lomillos, todo lo mejor, echándolo en una cesta grande que luego, entre las sombras de la noche, fué conducida á una fábrica de embutidos que había en la Ronda de Valencia. Allí me picaron en jijas, me sazonaron de sal, y poniéndome algunos granos de pimienta, me metieron en las tripas anchas de una vaca vieja, recubriéndolas luego de papel de estaño y atando al extremo de cada una de ellas, con un bramante, un sello de plomo con el nombre de un fabricante de Lyon muy acreditado...

»Unos días después estaban colgados aquellos salchichones de Lyon (ó de León) en el escaparate de una lujosa tienda de comestibles finos en una de las calles céntricas de esta corte.

»Dos de ellos los compró el dueño de este hotel hace unos once años y medio, cuando acababa de abrirle al público. El jefe del despacho los cortó en rodajitas... Una de ellas fuí yo... y digo que fuí, porque ya con los años no soy ni mi figura. Entonces estaba verdaderamente apetitosa... ¡Si me hubiera usted visto!...

Crea usted que si el primer día que salí al comedor no dejé de existir, fué porque me tocó ir á la mesa de unos recién casados provincianos, de esos que habiendo ahorrado á fuerza de privaciones cincuenta duros, vienen á Madrid á pasar un cuarto de luna de miel... ó más bien á hacer los *babiecas*, pues no cuidan de comer ni de nada más que de mirar el uno para el otro...

»Muchas de mis hermanas fueron almorzadas aquel mismo día por otros huéspedes menos bobalicones, que se chupaban los dedos.

»Mas era verano, hacía calor, aquella tarde sudé mucho, se me secó el sudor ennegrecido, y por la noche salí ya de muy mal aspecto. Nadie entró en ganas de comerme. Y á otro día, menos: no es menester decirlo.

»Desde entonces llevo saliendo todos los días dos veces y volviendo á entrar otras tantas, sin que nadie me toque.

»Es decir, tanto como nadie...

»Un embajador moro me cogió una vez para llevarme á la boca; pero me volvió á posar en seguida, porque hubo quien le dijo que yo era de cerdo. ¡Con qué serenidad calumnian algunas personas!

»Varias de mis compañeras han ido sucumbiendo á la voracidad de otros provincianos que no son novios, sino miembros de Comisiones municipales ó provinciales que suelen venir, cuando cambia el Gobierno, á pedir mejoras, según dicen, para la localidad ó la provincia, pero realmente á darse buena vida unos días á costa ajena, comiendo como sabañones.

»Otras varias han sido vendidas con otros comestibles antiguos, al dueño de otro hotel más humilde, donde al principio tuvieron gran aceptación; mas pasada la novedad de los primeros días, cayeron también allí en desprecio y nadie las decía nada...

»Ultimamente he sabido que muchas de ellas se las ha comprado al dueño de ese otro hotel un zapatero remendón que trabaja en un portal cercano al Instituto de San Isidro, para echar tapas á los tacones de las botas de los estudiantes, obteniendo gran resultado.

»Las tapas son eternas, según parece.

»Y no será extraño que el laborioso artesano, en vista del buen éxito, se venga por aquí á hacer otra compra y tengamos todas el mismo paradero.»

.....
—Fuera de broma—me decía mi primo al salir del comedor con dirección á mi cuarto,—la verdad es que no saben lo que hacen estas gentes queriendo economizar en ciertas menudencias... Ya ves: nos han dado un almuerzo de primera... ¿Qué les costaba ya habernos dado una botella de vino de buena marca y un poco de salchichón fresco y legítimo?